

PRÓLOGO

Todo es significado, sentido; saber es interpretación: “atrevámonos a comprenderlo”, invita Nietzsche (¡cómo no empezar citando a Nietzsche!) al cierre de *La genealogía de la moral*, complemento y, seguramente, una contrapropuesta del ilustrado “atrévete a saberlo por tí mismo”.

Tanto Kant como Nietzsche hablan en esos textos de atrevimiento, riesgo (“Mut”, “wagen wir es”), de cobardía, miedo (“Feigkeit”, “Furcht”), hasta de culpa, término que también repiten ambos. (“La hermenéutica comparte frontera con la ética”, ha escrito G. Steiner). Se trata de asumir responsabilidades. Con un vocabulario bastante inusual en textos filosóficos, tanto Kant como Nietzsche urgen a una toma de decisión para, a una voluntad de (“Entschliessung”, “Wille”) un nuevo comienzo. Kant, a la Ilustración; Nietzsche, a...?

Seguramente la filosofía andaba buscando otra cosa cuando se ha encontrado con la hermenéutica.

Según señala ya de entrada el Prof. J. R. Arana, ha sido un mundo nuevo el que exigía de la filosofía un comienzo nuevo: el contacto con culturas diferentes a la nuestra, en especial las “primitivas”; el hecho generalizado en las sociedades occidentales de la diversidad ideológica, lingüística, etc. Pero, aparte de las razones sociales, ha habido causas internas propias de la filosofía, que explican el surgimiento y el éxito de la hermenéutica en el siglo XX.

El siglo XIX ha contemplado la descomposición del concepto clásico de filosofía como sistema y de su organización académica, y la ascensión de las llamadas ciencias del espíritu (historia, sociología, psicología, etc.), independizadas de la filosofía y en buena medida hostiles hacia ella. Todas ellas tienen en común ser ciencias de un saber netamente distinto del de las ciencias naturales, a las que, sin embargo, tratan de imitar en sus métodos. ¿Cuál es su estatuto? Son como filosofías que no quieren serlo, caracterizadas por un saber específico, que más tarde será definido como el de la comprensión (“Verstehen”), o interpretación – *hermeneúein* al fin.

W. Dilthey, agrupando todas estas ciencias como ciencias de la razón histórica, ha tratado de buscar para ellas (y para la filosofía misma, convertida quizá en una más de ellas) una fundamentación epistemológica al modo de la fundamentación kantiana del conocimiento de la naturaleza. Dilthey, con Nietzsche, suele ser citado comunmente entre las razones próximas de la hermenéutica contemporánea.

Dilthey no andaba solo. Como decía Ortega y Gasset “desde 1870 había comenzado la furia de las teorías del conocimiento”. Positivistas, neokantianos, neoidealistas, psicologistas, intuicionistas a la Husserl, rivalizaban en la construcción de nuevas gnoseologías. Pronto este caos gnoseológico ha desembocado en nuevos proyectos en otros campos: una antropología filosófica (M. Scheler, H. Plessner), o una ontología existencial (M. Heidegger), que pudieran valer de filosofías primeras. Ha sido en este hervidero de nuevas Lógicas, epistemologías, filosofías del lenguaje, de la ciencia, en un momento complejísimo, por enteramente fragmentado, de la filosofía, donde ha surgido la hermenéutica actual, a partir especialmente de Gadamer, como una especie de marco –ya no fundamento- donde pudieran tener lugar todas estas indagaciones filosóficas y todas aquellas ciencias del espíritu.

Cuando la hermenéutica se ve así convertida en una especie de *philosophia prima*, no necesariamente porque ella pretenda serlo, pero sí porque viene a ocupar el lugar perdido por aquella, todos los problemas que se creían eliminados junto con la vieja metafísica parecen volver. Todo es interpretación, todo es lenguaje: ¿interpretación de *qué*? ¿Qué es, dónde está, ese *qué*? Donde todo es interpretación, ¿qué es la *verdad*, de dónde extrae su normatividad frente a la variable interpretación? Estos son algunos puntos que el Prof. Arana señala como tareas pendientes de la hermenéutica en su desarrollo futuro: “Si por ‘lenguaje’ entendemos, como la hermenéutica, significado, significación y diálogo, entonces, hay algo que no es significado, significación y diálogo”. Pero, ¿puede la hermenéutica de hoy plantearse siquiera debidamente la pregunta de qué es ese *qué*, o habrá que retornar otra vez a la búsqueda de algún tipo de ontología, como había pretendido Heidegger? ¿O es ese algo, otro que interpretación y lenguaje, solamente un límite, resto indecible, que la interpretación se pone a sí misma, a sabiendas de que ella in actu es siempre limitada, mientras que la tarea interpretativa es ilimitada en sí misma?

Por otro lado, en la realidad la hermenéutica no consiste en tener decidido que todo es lenguaje y significado, sino en el descubrimiento cada vez de que *eso* es efectivamene lenguaje. Ahora bien, *eso* es infinitas cosas, y no en otra cosa que en sus modos de interpretación consisten todas las ciencias. ¿Será la hermenéutica el retorno de la antigua ciencia de las ciencias?

¿Qué es hermenéutica? Hermenéutica es, entre otras cosas, preguntarse qué es hermenéutica. La primera sorpresa de la nueva hermenéutica, cuando Gadamer escribe *Verdad y Método*, ha sido nacer descubriendo que es antigua: la historia de la hermenéutica se convierte así en hermenéutica de sí misma. Aunque la hermenéutica se busca a sí misma en su historia de un modo bastante distinto que en Hegel la filosofía se reconocía en su pasado. La hermenéutica de hoy no se puede reconocer como el punto de llegada a la definitiva unidad

hegeliana. Es la segunda sorpresa: la hermenéutica es más bien las hermenéuticas, cada una de las cuales sigue siendo autónoma: hermenéutica de la subjetividad, hermenéutica de la sospecha, hermenéutica simbólica, estructural, etc., como puede verse en el Índice de este tratado, que el lector tiene entre las manos.

El Prof. Arana considera la hermenéutica una de las experiencias intelectuales más apasionantes del siglo XX. Y lo prueba con un recorrido histórico efectivamente apasionante, y de una amplitud y sistematicidad desconocidas hasta ahora en los libros del género (del viejo Gustav G. Spet, pasando por Gadamer mismo y H. Lenk, a los más recientes de J. Grondin). Característico del Prof. J. R. Arana es trabajar bien. Y trabajar largo (¡cuántas horas encierran estas páginas!). Estudio directo de los autores expuestos, control de la literatura secundaria garantizan la seriedad del tratado. Los dioses le agraciaron además con el don de escribir bien –se escucha Ortega como una música de fondo–, y él ha añadido de su parte la cortesía del filósofo, la claridad. No oculta, sino todo lo contrario, la voluntad pedagógica (que no adoctrinante), llegando a someterse a sí mismo a la disciplina de la evaluación de todo autor expuesto. Ejercicio atrevido, nada fácil, pero que aviva el interés de la obra, y la convierte en una verdadera hermenéutica a su vez.

Joxe Azurmendi